Libros

Guisan, Esperanza, Ética sin religión. Madrid: Alianza Editorial, 1993.

Una ética sin religión apunta al rechazo de cualquier dogma sobrenatural y a cualquier intento de privarnos de la autonomía, condición necesaria para una moral digna de tal nombre.

La religión se torna rechazable por cuanto subordina la libertad humana a una divinidad que decide por los seres humanos. O es un obstáculo o es prescindible, ya que las dimensiones valorativas aportadas por la religión (“defensa del ser humano, su autonomía, su felicidad, y sus derechos individuales”) pueden incorporarse, y ya lo han hecho, a una perspectiva laica de la moral.

Esperanza Guisán recorre los vericuetos de la justificación religiosa de la ética en las formas bastante espurias del Opus Dei y en las formas más refinadas de Kant. La presencia de Kant en el libro es sencillamente apasionante por el diálogo polémico que la autora establece con el filósofo alemán, a lo largo de toda la obra. Entre las cosas que rescata de Kant está la noción de autonomía. La poda, la enriquece y la deja como sigue: “Si entendemos la autonomía en el sentido de Simone de Beauvoir, de Piaget o Kohlberg, de Mill o Hare, tendremos que el hombre se autodetermina, se autolegisla, se vuelve autónomo, en la medida en que se convierte en un individuo crítico respecto de las normas religiosas y sociales establecidas por su comunidad” (Pág.39). Guisán guarda la esperanza de que los católicos tomando en cuenta los visos ilustrados de la religión (autonomía de la conciencia individual, el amor a los otros, “el sábado se hizo para el hombre”) accedan a la madurez moral. En este campo hay algún grado de ingenuidad al igual como cuando aconseja en un todo paradójico que el “Opus Dei... debiera ser abiertamente censurada y expulsada de la Iglesia Católica, como una obra de inspiración diabólica, que atenta contra los principios básicos defendidos por la Religión de la

Humanidad” (pág.49). Paradoja porque utiliza un enfoque religioso para purificar la religión, aunque en el fondo uno partcipe de la pasión moral con que reacciona la autora frente a lo que otros han llamado, con una pizca de humor crítico, Octopus Dei.

Uno de los aspectos más interesantes del enfoque de Esperanza Guisán es el cuestionamiento del sentido laxo de “moral”. Para que algo califique como una moral es preciso que satisfaga algunos criterios. No cualquier conjunto de normas vigentes en una sociedad merece elevarse a tal categoría. Propone entonces una noción restringida o estricta de moral, una visión normativa: “...una moralidad digna de tal nombre requiere desarrollo y madurez de los individuos de suerte que no obedezcan a las normas de conducta compulsivamente, sino que libremente se den normas que implican reciprocidad y autorespeto. Solo cuando las normas reúnen los requisitos de haber sido elaboradas en la intercomunicación, el diálogo, por seres humanos ilustrados, imparciales y libres, nos encontramos con algo que debe ser, en mi opinión denominado «moralidad», en sentido restringido del término, lo cual implica una valoración positiva de las normas en cuestión” (pág.56). Obviamente nos enfrentamos a un enfoque crítico que no enfrenta pasivamente a la moral. Lo planteado por la autora es un *desideratum* que se torna más viable si lo vemos en sus grados de concreción: cuanto mayor sea el grado de ilustración, de imparcialidad y libertad, una moral se torna más aceptable. En otras palabras, no se trata de todo o nada, ya que la ilustración, la imparcialidad, la libertad, la autoestima, las condiciones para el diálogo se construyen, son conquistas frente a la inercia moral y algunas formas de tradición. La autora tiene tales aspectos completamente claros. Dice de la libertad, por ejemplo, que es “precaria” y condicionada a la posesión o no posesión de recursos culturales, materiales y de índole diversa” (pág. 59).

Se puede decir que la moral es una creación colectiva con el objeto de darle respuesta a determinados conflictos, de generar determinadas actitudes y cursos de

acción. Solo hay moral en sociedad. Tal condición no elimina, sin embargo, la dimensión claramente personal, la decisión respecto de un curso de acción no es una decisión en solitario, aunque sí sea una decisión individual. No basta el refugio en lo que se hace, o se cree que debe hacerse, la madurez desde el punto de vista moral supone el análisis y la evaluación de normas sociales para que su aceptación, cambio o rechazo, sea racionalmente hecha. La racionalidad también es una construcción histórica, "fruto exclusivo del intercambio y el diálogo entre los participantes en el discurso humano" (pág. 62).

La ética se torna política, ya que es preciso generar condiciones para que los seres humanos puedan desplegar su vida moral, esta no se da en el vacío. Tales condiciones son necesarias para que todos puedan aspirar a asumir personalmente su criterio de lo moralmente correcto o incorrecto. Aquí es preciso aclarar que personal no quiere decir idiosincrático o caprichoso, sino que supone una intersubjetividad dialogante. Condiciones para que estén en posibilidad las personas de justificar las normas éticas. Tales condiciones han de aspirar, por lo menos, a tener reseltas las necesidades básicas materiales y culturales de todos, sin ninguna exclusión.

Lograr una sociedad que garantice que ni el poder ni la convivencia atenten contra la autoestima y la dignidad, condición necesaria para el despliegue de las potencialidades humanas positivas, se convierte en una tarea etizante ineludible. De aquí que se vinculen ética, política y educación.

Si el objetivo es el florecimiento y el gozo humano (aspiraciones que enfrentan tantos obstáculos), entonces "el servilismo, la humillación, la subordinación, el acatamiento mecánico e irracional del supuestamente »superior« son *lacras morales y sociales* que no aparecen deseables..." (Pág. 75).

Con gran claridad expresa Guisán su pensamiento, claridad y pasión: "... la posibilidad de que el hombre sea completamente feliz, cooperando en la promoción de la felicidad humana, depende de la creación de las estructuras adecuadas y la supresión de los obstáculos económicos, sociales y políticos que hasta ahora han dividido a los hombres haciéndoles trabajar por separado en la defensa de sus intereses particulares" (Pág.80).

A menudo la escuela señala la importancia de la autonomía, de la solidaridad; pero, la organización de la sociedad apunta en direcciones contrarias a tales valores. Por ello, es menester alimentar la capacidad para enfrentar el conflicto, para pensar a partir de él, para buscar la dimensión generadora de nuevas respuestas que eticen la convivencia social para que las metas no sean una economía sana sostenida sobre espaldas enfermas, o una cultura que se solaza en la contemplación de sí misma, o un orden construido sobre apatía o falta de participación. "Las pérdidas que se experimentan en una sociedad desigualitaria no son sólo económicas o

de índole pragmático, sino especialmente morales..." (Pág. 139).

De ahí la importancia que Esperanza Guisán le concede a la solidaridad, al gozo solitario, disfrutar con el bienestar de los otros, para que el florecimiento ajeno sea fuente de gozo y señal de madurez moral: "... muy posiblemente, el goce que experimentamos relacionándonos cordial y solidariamente con los demás supone con creces a las pequeñas migajas de placer que derivamos de una vida basada en la competencia, la humillación del otro, su sometimiento, su subordinación, a los sentimientos de represalia, venganza, envidia, etc., en los que a veces la sociedad parece obligarnos a refugiarnos como única frente de satisfacción de nuestro ego" (Pág. 140). La madurez se logra en el nivel post-conventional kohlbergiano, en el que convergen los genuinos intereses individuales y los sociales, se enriquecen, se profundizan y modifican.

Encontramos en Esperanza Guisán, la noción de mínimos morales, mínimos que podríamos denominar no negociables, ya que dada nuestra naturaleza o nuestra condición "hay cosas que clara y evidentemente nos dañan a los seres humanos (pasar hambre, frío, ser azotados, privados de libertad, reducidos o mermados en nuestras capacidades físicas, psíquicas, intelectuales, etc.) parece que clara y evidentemente se sigue que estas cosas serán siempre malas, inconveniente e indeseables desde una perspectiva ética, con independencia de lo que los seres humanos opinen, incluso mayoritariamente" (pág. 158). Esto que parece obvio es, a su vez, una conquista del desarrollo de la conciencia ética, aunque todavía no se haga lo suficiente por eliminar tales situaciones que obstaculizan el florecimiento humano. Por ello, constantemente la ética se desdobra en política.

Si bien hay mínimos no negociables, su fundamento parece ser resultado del consenso: "Los hombres *deben* decidir cuál es su naturaleza o su condición..." (Pág. 158). Estamos al parecer en presencia, en última instancia, de un contractualismo: hemos decidido que tales mínimos van a ser innegociables dado lo que somos. Es inevitable no ver una cierta circularidad en el enfoque tal como se expresa a continuación: "...nadie mejor que los hombres... para decidir no solo qué cosas les satisfacen, sino qué cosas son satisfactorias, dada la condición, y constitución humana" (pág. 159), la cual a su vez debe decidirse. La salida parece ser descubrir mínimos de condición natural no sujetos a convención.

En concordancia con lo anterior, se ha vuelto urgente capacitar a los seres humanos para que dispongan del conocimiento que les garantice un acceso lúcido a los condicionamientos de diverso tipo (culturales, históricos, geográficos, económicos, entre otros) que pesan sobre sus anhelos, aspiraciones y criterios. Se trata, entonces de poder elevarse respecto del medio y poder evaluarlo, reconociendo lo que hay de genuino y universalizable y lo que hay de espurio y rechazable.

Como consecuencia es preciso poner los esfuerzos para generar las prácticas, formas de pensamiento e instituciones que potencien la libertad a la vez que posibiliten una sociedad sin excluidos de los bienes de la razón y de los bienes materiales. En suma, que generen desarrollo: "se hace preciso crear una sociedad donde la riqueza proveniente de la excelencia y la razón se distribuyan entre todos" (pág.144).

El libro se ocupa de otros temas de forma apasionada y apasionante porque la autora evita caer en

cualquier forma de dualismo que separe razón y pasión: "negar la cooperación y vinculación estrecha entre razón y pasión en ética es simplemente amputar al ser humano, reducirlo, mermarlo" (Pág.107). Se da propiamente un continuo: razón apasionada-pasión razonada.

El libro es sumamente rico y provocativo, hay en él una gran fuente de temas éticos y metaéticos no tocados en esta reseña. La invitación al diálogo es constante. Por todo ello invitamos a la lectura apasionada de este libro, la autora se lo merece.

Edgar Roy Ramírez B.

Bloque histórico y hegemonía en Antonio Gramsci